

DIARIO DE UN TESTIGO
LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, viernes 9 de octubre (de 1914)

Días pasados asistí a una reunión en casa del cónsul general de Italia, M. Cassel, en la que se trataba de cambiar ideas, sobre la creación de un comité internacional con el objeto de reunir fondos en todos los países neutrales para remediar la miseria que comienza a afligir a los belgas víctimas de la guerra.

Los concurrentes, excepto yo, pertenecían todos al cuerpo consular, y varios encontraron dificultades para formar parte del comité sin comprometer directa o indirectamente a sus respectivos gobiernos, teniendo en cuenta lo delicado de la institución

actual. Exceso de meticulosidad diplomática, tanto más exagerado a mi ver cuanto que los cónsules no tienen por lo general función política alguna.

No importa. El hecho es que se contentaron con decir que hablarían a personas respetables de su colectividad respectiva, invitándolas a que se adhirieran al futuro comité internacional.

Transcurrió el tiempo sin que volviera a hablarse del asunto hasta que, habiendo recibido ayer un nuevo llamado con el mismo propósito, me dirigí esta mañana al punto de cita – las oficinas de M. Dannie (**Nota**) Heineman, ciudadano norteamericano que está a la cabeza de importantes empresas de tranvías, etc. –.

Hallábanse presentes M. Dannie Heineman ; el cónsul general de Italia, M. Cassel ; el conde Cigogna, muy conocido en Buenos Aires ; el capitán Samaia y otros. Esta vez no hubo lugar a

discusiones : con espíritu práctico, cada uno indicó el medio que le parecía más eficaz para allegar recursos en su país de origen y adoptando los mejores se procedió inmediatamente a ponerlos en ejecución. A mi me tocó enviar a los principales periódicos de la Argentina el telegrama siguiente :

"El comité internacional de socorros, humanitario y estrictamente neutral, pide a los grandes diarios argentinos que organicen como juzguen más eficaz suscripciones en dinero, ropas y alimentos para las víctimas de la guerra en Bélgica, que la miseria amenaza cruelmente este invierno."

- *Conozco la generosidad innata del pueblo argentino – dijo el conde Cigogna – y estoy seguro de que no permanecerá sordo a ese llamado. Ningún otro haría proporcionalmente más que él.*
- *Yo también lo conozco, y estoy convencido de lo*

mismo – agregó M. Heineman, que está íntimamente vinculado con las empresas de tranvías de Buenos Aires.

El despacho telegráfico no podrá salir inmediatamente, porque continúa el régimen de la más severa incomunicación y tendrá que aguardar la partida de algún mensajero seguro que lo lleve a Holanda o Inglaterra. Entretanto – y cuento esto para que se vea cuántas precauciones deben tomarse hasta con las cosas más sencillas e inocentes – el telegrama será microfotografiado por intermedio de uno de los presentes a la reunión de hoy, de modo que se lo pueda ocultar si es preciso en el hueco de una muela, como suele decirse.

La mañana ha sido húmeda y desapacible, y la atmósfera parecía pesar sobre los ánimos. Muy poca gente en las calles. En cambio, por todas partes se

veían uniformes grises, que ya resultan una verdadera obsesión. Los soldados alemanes no se pasean nunca sin sus fusiles, y así armados viajan en el interior y en las plataformas de los tranvías, se sientan a la mesa de los cafés, comen en las fondas o se pasean a contemplar los escaparates de las choricerías, con una persistencia que los ha hecho llamar por los humoristas de la rue Haute, la "*Wacht am Schwein*", la guardia del cerdo, parodiando la "*Wacht am Rhein*" (**Nota**), la guardia del Rín.

Antes de volver a casa voy a pasar un momento en el círculo de amigos que se reúne diariamente en *Ma Campagne*. Pesa sobre ellos una incertidumbre que en vano quieren disimularse a ellos mismos. Es que llegan noticias cada vez más alarmantes, y nada viene a atenuar su efecto. Sin embargo, uno de ellos hace la siguiente observación :

- *Los alemanes no han publicado ningún cartel*

esta mañana y si las cosas fueran tan bien para ellos como se dice, no hubiesen dejado de hacerlo. No es gente que quiere evitarnos un disgusto. Tengamos confianza. No tener noticias es buena noticia, como dice el proverbio.

Todos se aferran a esta vaga esperanza.

Entretanto el cañón ha dejado de tronar, y este síntoma se consideraba favorable para los unos, funesto para los otros ...

Después de almorzar me fue imposible ponerme al trabajo ; sentía la necesidad imperiosa de salir, de ir al centro, de conocer los rumores corrientes. Desde hace días vivimos en una nerviosidad extraordinaria, y nadie puede estarse quieto.

Los automóviles cargados de oficiales alemanes cruzan las calles a toda velocidad, yendo y viniendo sin que se sepa a dónde ni por qué. En los barrios del norte desfilan tropas que entran y salen, y a lo largo de

la ancha acera del bulevar del Botánico se apeñusca una multitud ansiosa que sigue en silencio sus evoluciones.

Tomo un tranvía que a poco andar se llena de soldados alemanes. Hablan animadamente, ríen con grande algazara, demuestran un contento inusitado. Cuando bajan, uno de los pasajeros pregunta al mayoral :

- *¿ Qué dicen ?*
- *Que **la** han tomado* – contesta el buen hombre con ira reconcentrada.

"**La**" no puede ser sino Amberes. Pero prefiero quedarme en la duda y no pido la explicación de la frase.

En los bulevares centrales la animación es poca, y los mismos tranvías pasan casi vacíos, cuando no transportan soldados alemanes. ¡ Qué diferencia con los primeros días de la guerra, tan llenos de animación y de

entusiasmo ! Ahora se diría que no andan por las calles sino los que tienen la urgente necesidad de hacerlo, y en los cafés, los escasos parroquianos hablan lentamente y en voz baja, mirando con recelo a su alrededor como si temieran hallar en cada consumidor un espía alemán ...

Cuando no se ha pasado por situaciones análogas, no puede imaginarse el enervamiento, la congoja, la miseria moral que todo esto produce. Es un dolor físico, es una enfermedad. Se siente, materialmente, que falta el aire, que no se puede respirar, y que un golpe recibido en la cabeza entorpece el cerebro.

Acudo a la reunión cotidiana de *Ma Campagne*, donde los amigos se esfuerzan todavía por no creer la noticia de la toma de Amberes, ¡ la inexpugnable ! Dicen que se trata simplemente de un rumor tendencioso echado a rodar por los alemanes, y se aferran a esta idea, hasta que llega el abogado B., pronto a ir en busca de datos fidedignos. Es tarde, porque los cafés y demás

sitios públicos de reunión deben estar cerrados a las ocho, y ya han dado las siete. ¿Cómo encontrarse para saber la verdad? Imposible es que B. se sacrifique hasta el punto de ir de casa en casa, y nadie podrá dormir en la angustiada incertidumbre. ¡Bah! Nos reuniremos allí mismo, contraviniendo por una vez las ordenanzas policiales. El dueño del café, no menos interesado que los demás, se aviene a abrirnos la puerta.

A las 9 volvimos a encontrarnos en el gran salón a oscuras. Estábamos allí el juez O., el abogado U., el sustituto van X, el músico C., el director de la cárcel de..., el patrón y yo. En la actitud desconsolada de nuestro informante vimos, apenas llegado, que ya no era hora de forjarse ilusiones ... Un alto funcionario belga acababa de afirmarle la verdad de la toma de Amberes, y los directores de la Société Générale, siempre bien informados, aseveraban lo mismo ...

Y enseguida vinieron los detalles : la población de

Amberes ha hecho durante los últimos días no menos de cinco manifestaciones con sus ribetes de motin, pidiendo que no se deje bombardear la ciudad, que antes de permitirlo se abran las puertas a los alemanes ... El rey mismo juzgó necesario intervenir en un principio, creyendo que los amberesanos escucharían su palabra, y les habló desde los balcones del palacio de la plaza de Meir.

Su corto discurso, que fue una súplica pidiendo a los ciudadanos que conservaran la tranquilidad, que tuvieran confianza, terminó, es cierto, entre aclamaciones. Pero ya era lastimoso ver al jefe de la nación en la triste necesidad de solicitar lo que pudiera imponer en nombre de la patria en peligro, y es más lamentable aún que las mismas demostraciones de flaqueza, evidentes aunque vergonzantes, siguieran repitiéndose desde entonces.

- *Los de Amberes* – exclamó el abogado U. –, *los de*

Amberes no tienen ni han tenido nunca valor cívico; no piensan, no han pensado jamás en la patria. Lo mismo les da ser alemanes que belgas, que lapones, con tal de vivir a sus anchas y seguir fructuosamente en su pequeño comercio. Son peores que los cartagineses, porque comenzarían por someterse a Roma si conviniera a su enriquecimiento. Como creen que Alemania es la más fuerte, ahora son alemanes, como en 1830 y en 1831 fueron holandeses.

- *¡ Canalla ! – exclamó el músico C. – ¡ Verdadera canalla ! Pero en la culpa tendrán el castigo. No los han bombardeado los alemanes, ¡ está bien ! ¡ Nosotros, belgas, los bombardearemos sin piedad ! –Y agregó – : ¡ Mejor es ser honrosamente fusilado por el enemigo, que como un traidor por los compatriotas !
¿ Serán justas estas condenaciones ?*

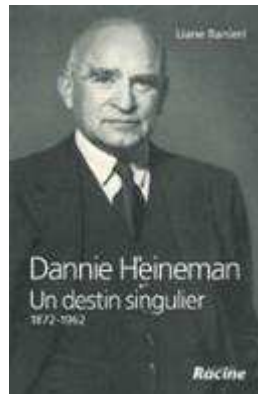
Roberto J. Payró

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (26) », in LA NACION ; 12/04/1915.

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (27) », in LA NACION ; 13/04/1915.

Notas del traductor al francés :

RANIERI, Liane ; *Dannie Heineman. Un destin singulier* (1872-1962) ; Bruxelles ; Editions Racine; 2005 & 2007, 484 pages.



Wacht am Rhein :

<http://www.youtube.com/watch?v=zikcHnimsxk>

Otra fuente, también interesante, con respecto a la guerra 1914-1918:

<http://warpress.cegesoma.be/fr>

Otra fuente, **general**, que merece la pena :

<https://www.google.com/culturalinstitute/project/first-world-war>